

te en su acto más decisivo: dictar sentencia.

«Y es que como hombre —señala De la Vega Benayas—, no puede abstraerse al juez de la sociedad en que vive, de la cual es tributario como persona, e incluso —esto es decisivo para algunos— como perteneciente a una clase social, estratificada corrientemente desde un punto de vista económico. No puede negarse valor al reproche que desde este punto de vista se hace a la justicia en una sociedad no integrada, y donde, por ejemplo, la mayoría de los jueces pertenecen a una clase social predominante».

Vale la pena mencionar aquí de pasada, a propósito de este tema, el trabajo de José J. Tohária, «Notas sobre el origen social de la judicatura española», publicado en el último número de la revista de ciencias sociales «Sistema». Tohária analiza los datos de la encuesta que llevó a cabo durante el curso 1971-72 a una muestra estratificada y aleatoria de jueces y magistrados de los territorios de Madrid, Barcelona, Sevilla, La Coruña y Burgos. Según esta encuesta, el 51,5 por 100 de los juzgadores españoles proceden de ambientes jurídicos y burocráticos, mientras ni uno solo de los entrevistados resultó ser hijo de obrero. El 25,7 por 100 son hijos de juristas (jueces, abogados, notarios, registradores, secretarios); el 5,8 por ciento son hijos de militares (oficiales y suboficiales); el 20 por 100, hijos de funcionarios, empleados y enseñantes; un 11 por 100 son hijos de profesionales liberales y técnicos (médicos, farmacéuticos, ingenieros, otras carreras de ciencias); los padres del 34,5 por 100 tienen ocupaciones económicas (comerciantes, industriales, agricultores, directivos, ejecutivos, terratenientes, rentistas), y los padres del 3,1 por ciento tenían otras ocupaciones. ■ FELIX SANTOS.

### El real sitio de Alfonso Canales

Alfonso Canales acaba de publicar una antología de su obra escrita hasta el momento, *Hoy por hoy* (1), y a través de las páginas de presentación como de los poemas seleccionados por el propio autor, nos damos cuenta de la firmeza de sus convicciones literarias y del rigor de su trabajo como escritor. Un rigor que lo lleva a mostrarse muy exigente con su propia obra y a plantear una serena y muy cuidada revisión de sus poemas. Hoy por hoy nos viene a descubrir un mundo poético ciertamente unitario, sustentado en tres puntos clave que, a mi entender, caracterizan la escritura de Alfonso Canales. De una parte, el constante identificar a la poesía con un ejercicio de lenguaje, con un virtuosismo —nunca banal ni gratuito— de la palabra y el verso; de otra, el difícil camino (seguido, sin embargo, con singular fortuna por el escritor) que lo conduce desde la posesión sensorial de la realidad hasta la interiorización del yo, y a la consecuente configuración de un ámbito local y temporal que es quizá, su aporte más personal; por último, un tema capital y no menos original: lo religioso visto desde una dimensión totalizadora, esencializadora diría, si el término no estuviera tan desprestigiado.

Desde que abrimos este libro, lo que más nos llama la atención es esa toma de posición frente a la poesía como escritura. Una escritura cuyo objetivo, como el mismo escritor confiesa, se revela oculto y, muchas veces, imposible de precisar («sirve para que, torturando el lenguaje, éste nos dé a conocer algo de lo que oculta bajo su máscara de mero instrumento utilitario. Pero falta saber si ese conocimiento nos hace ser más

justos, más dignos de la existencia humana»). Y llega a abdicar de la atractiva consagración taumatúrgica del escritor, para reconocerse inmerso en la dificultad e inconstancia de la palabra. «Un poeta consciente —escribe— es siempre, en mayor o menor grado, culturalista; y no podría cometer mayor falsedad que la de intentar disimularlo, pretendiendo que los lectores lo juzguen un creador que parte de la nada, un ser superior que de la manga extrae su propio mundo falto de genealogía. El mundo no necesita la creación, sino la recreación». No nos puede extrañar entonces que la poesía de Canales se nos ofrezca cargada de un sentido, de una graveza intelectual que, a veces, nos desborda, nos hace reconocer nuestra incapacidad de lectores; y no precisamente por un desajuste en alguno de sus elementos, sino por la coherencia y por ese raro equilibrio y la no menos difícil armonía entre el lenguaje preciso y escogido —perfectamente estudiado— y la apasionada posesión de las cosas, que convierte la labor del poeta en un derroche sensual y hasta erótico.

Hace ya tiempo que, a nivel de discusión crítica, e incluso en los mentideros y tertulias, se ha orillado un tema muy común por los años sesenta. Me refiero a la estricta catalogación de los poetas nacionales según la región a la que pertenecían, y de acuerdo con las peculiaridades que esa pertenencia regionalista —se decía— les otorgaba. Y hemos de contentarnos porque tan mezquino ordenamiento se haya superado, aunque sólo sea en apariencia. Al escritor andaluz, que es el que ahora nos interesa, se le identificaba con el escritor sensual, abandonado al goce apasionado (aquí había que leer inconsciente) de la realidad exterior y a la musicalidad de la palabra (y bajo esta advocación se colocaron algunos); con el escritor colorista y desgarrado, más o menos despreocupado y opti-

mista, más o menos trágico y sangrante. Canales, que no puede prescindir (ni tiene por qué) de su condición de escritor que nace y vive en Andalucía, adopta, sin embargo, una postura crítica muy notable: «El desgarrar no me va. Siempre he optado por la auténtica Andalucía reportada, la que nunca se desmelenaba, la que huye de los fáciles exhibicionismos, porque piensa, con razón sobrada que lo mejor de la vida siempre transcurre en secreto, en soledad de uno o, todo lo más, en soledad de dos». El mundo sensorial que impregna toda la poesía de Canales no es una máscara exterior, no se trata de un afeite galante, sino que es una manera de acceder a la realidad, que va tomando consistencia y razón de ser a medida que el escritor aplica esa capacidad intelectualizadora que se exige a cada paso. Esta poesía, que parte de un conocimiento exterior-visual, se llega a hacer andadura interior-intelectual, alcanzándose así ese espacio (geográfico e interior) temporalizado al que antes me refería y que define los «reales sitios» por los que marcha el escritor buscando tenaz e incansablemente el tiempo y las cosas que ha ido dejando. Y hasta ahí ha llegado partiendo de una relación personal entre

el yo y el medio físico en el que este yo se desenvuelve, pero también —y esto me parece muy importante— a través de la experiencia sobre la escritura poética.

«He sido calificado con frecuencia de poeta religioso y, si me apuran, me jacto de serlo. La religión —no necesariamente el formalismo convencional— es la más alta de las incitaciones humanas. Sólo que mi catolicismo meridional ha sido siempre para mí una fuente de actitudes conflictivas: un mediterráneo no llega a liberarse nunca de ciertos apetitos sensuales que no dejan de repugnar a la conciencia religiosa cristiana». Así nos confirma el escritor la visión religiosa que confiere a su obra, que vendrá avalada más tarde por la constante investigación que despliega sobre el misterio de la existencia y la no menos misteriosa conexión con los orígenes. En Canales, lo religioso no es lo doctrinal, ni lo temible, ni lo oscurantista, tampoco lo obsesivamente dogmático; ni siquiera una relación metafísica ambigua, sino que es la verdadera pasión (ésta sí que desbordada) para transitar el ámbito en que el hombre y su origen se encuentran, ámbito que el escritor ha conseguido acotar a través de su experiencia intelectual con la realidad que

habita y con el mundo interior que lo condiciona.

Cuando publicó Alfonso Canales «Epica menor», concluía su párrafo de gracias con estas palabras dirigidas al lector: «Y que no me demande más claridad, porque la claridad es atributo de los dioses». Tendríamos que concluir con ellas también estas notas a su antología. En verdad, estos poemas, que en algunos momentos transitan las galerías situadas más allá de nuestro habitual razonamiento lógico, no se abandonan nunca al hermetismo o a la ambigüedad, sino que, superando las referencias inmediatas valoran de forma muy inteligente la capacidad de misterio que la palabra comporta y que la poesía está siempre obligada a hacer suya. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.

### Los emigrantes

En los últimos tres lustros, España ha sido sujeto de cambios cualitativos que han modificado sustancialmente su estructura. De ser un país eminentemente, y casi exclusivamente, dedicado a la agricultura y a las industrias extractivas ha pasado a otro en el que su producto industrial ocupa un lugar prominente. Está entre los ocho primeros países en producción de barcos y automóviles, y ya exporta a diestro y siniestro, integrando la nómina de esos países industriales capaces de hacer negocios célebres, como el de vender barcos de gran calado a un país mediterráneo (Paraguay) o conseguir la concesión del montaje de la TV en otro que no tiene ni agua potable (Bolivia).

Sujeto activo y pasivo de esos cambios han sido los trabajadores. No obstante, este papel decisivo ha sido poco estudiado hasta el presente. El vacío sentido en esta materia ha sido calzado últimamente por diversos estudios, eminentemente empíricos, en los que se ha

